

# **Los paradigmas de la psicología marxista: entre su imposibilidad intrínseca y sus realizaciones efectivas\***

**The paradigms of Marxist Psychology:  
between their intrinsic impossibility  
and their effective achievements**

**David Pavón-Cuéllar**

**Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)**

**Resumen.** El presente artículo ofrece una revisión histórica y una discusión teórica de doce grandes paradigmas de la psicología marxista: la reflexología de Pavlov y Bejterev, la reactología de Kornílov, el enfoque histórico-cultural de Vygotsky, las teorías de la actividad de Leontiev y Rubinstein, la psicología concreta de Politzer, la psicología objetiva de Naville, la psicología dialéctica de Wallon, la psicología histórica de Meyerson, la teoría de la personalidad de Sève y la psicología centrada en el sujeto de Holzkamp. Se muestra cómo estos paradigmas se dieron a la tarea imposible de conciliar el marxismo y la psicología, es decir, en distintos planos, la concreción marxista y la abstracción psicológica, la exterioridad sociohistórica y la supuesta interioridad psíquica, lo relacional y lo individual, la dialéctica y la unilateralidad, el materialismo y el idealismo, el monismo y el dualismo. Se ve aquí una imposibilidad intrínseca de la psicología marxista que no le ha impedido tener importantes realizaciones efectivas.

**Palabras clave:** psicología, marxismo, psicología marxista, materialismo, dialéctica, historia.

**Abstract.** This article offers a historical review and a theoretical discussion of twelve major paradigms of Marxist psychology: Pavlov's and Bekhterev's reflexology, Kornilov's reactology, Vygotsky's historical-cultural approach, Leontiev's and Rubinstein's activity theories, Politzer's

---

\* Este artículo se ha elaborado en 2023 a partir de la transcripción de la conferencia de apertura, dictada por el autor el viernes 7 de agosto de 2020, para el semestre 2020-2021 del Doctorado en Psicología y de la Maestría en Estudios Psicosociales de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH). Tanto la conferencia como el artículo son una traducción, ampliación y profundización del quinto capítulo, "*Marxist psychologies*", del libro *Marxism and psychoanalysis, in or against psychology?*, escrito por el propio autor (Londres, Routledge, 2017).

concrete psychology, Naville's objective psychology, Wallon's dialectical psychology, Meyerson's historical psychology, Sève's personality theory, and Holzkamp's subject-centered psychology. It is shown how these paradigms took on the impossible task of reconciling Marxism and psychology, that is, on different levels, Marxist concretion and psychological abstraction, socio-historical exteriority and the supposed psychic interiority, the relational and the individual, the dialectics and one-sidedness, materialism and idealism, monism and dualism. Here we see an intrinsic impossibility of Marxist psychology that has not prevented it from having important effective achievements.

**Keywords:** psychology, Marxism, Marxist psychology, materialism, dialectics, history.

### **El problema de la psicología marxista**

El presente artículo revisa una serie de construcciones teóricas a las que atribuímos, por su elaboración y sistematización, un alcance paradigmático en la psicología marxista: la reflexología de Pavlov y Bejterev, la reactología de Kornílov, el enfoque histórico-cultural de Vygotsky, las teorías de la actividad de Leontiev y Rubinstein, la psicología concreta de Politzer, la psicología objetiva de Pierre Naville, la psicología dialéctica de Wallon, la psicología histórica de Meyerson, la teoría de la personalidad de Sève y la psicología centrada en el sujeto de Holzkamp. Para cada paradigma, examinaremos únicamente sus principales vectores de fuerza y algunas ideas originales de sus creadores y de sus representantes más influyentes y reconocidos. Tendremos que ceñirnos así a lo que nos parezca más relevante. Desafortunadamente no hay aquí espacio para entrar en detalles, explorar las ramificaciones y la evolución interna de cada paradigma, y hacer un repertorio exhaustivo de nombres e investigaciones como el que puede encontrarse, un tanto desactualizado, en los estudios de Yaroshevsky (1979) y Lomov (1989).

Más que una exposición erudita, lo que ofrecemos es una argumentación polémica, en lo cual, por cierto, seguimos la orientación metodológica de las primeras aproximaciones a la historia de la psicología marxista, como las de Vygotsky (1927), Rubinstein (1940) y Smirnov (1961). Sin embargo, a diferencia de esos trabajos pioneros, nuestro análisis no está limitado ni al ámbito soviético ni a la primera mitad del siglo XX. Tampoco deseamos establecernos en una corriente para cuestionar las corrientes rivales. Más bien queremos hacer un balance crítico global semejante al realizado en estudios relativamente recientes como los de Ortiz Torres (1995) y Zumalabe Makirriain (2006) en el ámbito hispanohablante. Coincidimos con estos autores al considerar que ha llegado el momento de criticar globalmente la psicología marxista, pero diferimos de ellos cuando ponen el acento crítico en el marxismo, como si el problema de la psicología marxista hubiera sido el marxismo y todo lo que se asocia con él, como el despotismo, el partidismo, el sectarismo, el ideologismo y el dogmatismo.

Para decirlo de una vez, pienso que el problema de la psicología marxista no ha sido tanto el marxismo, sino más bien la psicología y su incompatibilidad con

el marxismo (Pavón-Cuéllar, 2017). Uno de mis propósitos será el de mostrar cómo los paradigmas de la psicología marxista se han impuesto la misión imposible de conciliar el marxismo y la psicología, es decir, en distintos planos, la concreción marxista y la abstracción psicológica, la exterioridad sociohistórica y la supuesta interioridad psíquica, lo relacional y lo individual, la dialéctica y la unilateralidad, el materialismo y el idealismo, el monismo y el dualismo.

No es exactamente que los psicólogos marxistas hayan fracasado, sino que se han obstinado en desafiar todo lo que es la psicología en el interior mismo del ámbito psicológico. Es por esto que algunos de ellos se han convertido en exponentes o referentes de la psicología crítica (ver Pavón-Cuéllar, 2019). Sin embargo, si tienen tanta importancia y deben ser estudiados, no es únicamente por su demoledor cuestionamiento de nuestros saberes psicológicos, sino también por su propuesta de alternativas.

Les debemos a los psicólogos marxistas el intento más amplio, sostenido y sistemático de construcción de otra psicología radicalmente diferente de aquella dominante que se hace pasar por la única existente, que se enseña en todo el mundo y que suele estar comprometida con los intereses económicos y las determinaciones ideológicas del sistema capitalista. Si es que puede haber ideas psicológicas fuera del capital y de su lógica, debemos empezar por buscarlas en la psicología marxista. Esta psicología debe ser la primera opción de los psicólogos que deseen continuar siendo psicólogos, pero que no quieran seguir estando pre-determinados por el capitalismo a la hora de abordar lo psicológico.

## **Reflexología**

Como disciplina científica independiente, la psicología marxista surgió en Rusia después de la Revolución de Octubre. Su primer paradigma fue la reflexología, ciencia de los reflejos, que explicaba los procesos psicológicos por reflejos fisiológicos. Este fisiologismo, interpretado como materialismo, provocó el entusiasmo de Lenin, Trotsky y Stalin, quienes vieron aquí una confirmación de sus ideas, así como la promesa de una ciencia psicológica marxista al servicio de la revolución bolchevique.

Lo cierto es que la reflexología, aunque asimilable a la versión leninista de la teoría del reflejo, no presentaba suficientes afinidades con el marxismo en general y mucho menos con el bolchevismo. El materialismo reflexológico evitaba cualquier posicionamiento militante, era mecánico y no dialéctico, positivista y no marxista, y enfatizaba los determinantes fisiológicos a costa de los históricos y socioeconómicos. De hecho, los principales representantes de la reflexología, Iván Pavlov (1849-1936) y Vladimir Bejterev (1857-1927), no emplearon el marxismo de ningún modo al formular sus teorías. Pavlov rechazó abiertamente la perspectiva marxista y mantuvo una relación conflictiva con el régimen soviético. En cuanto a Bejterev, aunque intentara aproximarse al régimen y al marxismo, sostuvo siempre ideas incompatibles con la perspectiva marxista y no dudó en dirigirlas contra los bolcheviques. Es lo que hizo, por ejemplo, cuando pronosticó

el “agotamiento” y las “consecuencias fatales” del “reflejo colectivo” revolucionario de 1917, desprovisto, según él, de premisas indispensables como una “firmeza moral” y un “desarrollo intelectual” que faltarían a los proletarios (Bejterev, 1921, pp. 71-72, 245-248).

Indudablemente la reflexología podía reconciliarse con la perspectiva marxista mediante profundas rectificaciones internas como las propuestas por Fedor Maiorov y otros pavlovianos marxistas (Todes, 2014). Pero ni siquiera esto habría permitido obtener una psicología marxista, pues el proyecto reflexológico buscaba estudiar cualquier actividad, no psicológicamente, sino más bien, como sostenía Pavlov (1930), “desde un ángulo puramente fisiológico” (p. 44). Se trataba, según el mismo Pavlov (1936), de la “fusión final de la psicología con la fisiología” (p. 72). De modo aún más radical, Bejterev (1905) empezó descartando los fenómenos psíquicos y conservó el nombre de “psicología” únicamente bajo la justificación de que estaba “arraigado en la mentalidad humana”, pero advirtiendo que “el fondo de las cosas no está en el vocablo sino en el sentido que se le atribuye” (pp. 27-28). Sin embargo, al final, significativamente el mismo año de la Revolución de Octubre, Bejterev (1917) abandonó el término de “psicología” y lo sustituyó por el de una “reflexología” definida como el “estudio objetivo” de “las relaciones entre el hombre y su entorno” a través de reflejos como “gestos” y “conductas” (p. 81).

La reflexología estudiaba los reflejos fisiológicos en su entorno físico y no un objeto psíquico propiamente dicho. No estudiando este objeto, la reflexología no era una psicología. Fue paradójicamente por esto que fue vista como la primera psicología marxista. Su carácter no-psicológico fue al menos lo que sedujo a los grandes líderes bolcheviques, haciendo que Trotsky (1926) elogiara sin reservas la reflexología, Lenin obtuviera generosos financiamientos para Pavlov y Stalin terminara defendiendo un enfoque reflexológico simplificado contra cualquier desviación reflexológica “idealista”, verdaderamente psicológica, durante la “sesión pavloviana” de 1950 (Brushlinsky, 1997).

## **Reactología**

La reflexología encontró la resistencia de quienes se aferraban a la psicología y no aceptaban su disolución en la fisiología. Por un lado, había los académicos tradicionales no-marxistas y verdaderamente idealistas, entre los que destacó particularmente Georgii Chelpánov (1862-1936), discípulo de Wundt y crítico acérrimo del materialismo. Por otro lado, había los que aquí más nos interesan, los innovadores marxistas y materialistas, como el fundador de la reactología, Konstantin Kornílov (1879-1957), opuesto lo mismo a Chelpánov que a Pavlov y Bejterev.

Manteniéndose fiel a una tradición marxista monista en la que se ubican lo mismo Plejánov que Lukács y Korsch, Kornílov (1930) adoptó una posición que él mismo describió como “materialista dialéctica” y que lo hizo deslindarse al mismo tiempo de las dos visiones unilaterales de la psicología tradicional y de la

reflexología, del “idealismo” y del “materialismo mecánico”, de la “psicología subjetivista” y de la “escuela objetivista extrema” (pp. 263-264). Estas visiones, basadas en el dualismo cuerpo/alma, impedirían estudiar la unidad real corporal-anímica, la fusión de lo material y lo ideal en el individuo, la “síntesis orgánica de lo objetivo y lo subjetivo en la conducta humana”, y además harían olvidar lo más importante en una perspectiva marxista, esto es, las “relaciones sociales” y los “procesos de trabajo”, las “condiciones sociales” y su “influencia en la conducta” (pp. 264-266). Tanto lo social como lo subjetivo y lo objetivo tan sólo podrían ser abarcados por la propuesta psicológica de Kornílov, la reactología, la “ciencia de las reacciones del individuo”, que no entendería las reacciones como los reflejos fisiológicos naturales de la reflexología, sino como respuestas psicológicas sociales, insertas en las “relaciones sociales” (p. 268).

Kornílov (1930) tuvo el gran mérito de retomar directamente las ideas psicológicas de Marx, Engels y Plejánov, y no sólo de Lenin y Stalin, para promover una concepción marxista de la psicología como “ciencia social” en contraposición a su concepción reflexológica como “ciencia natural” (p. 268). Fue así como protegió la psicología materialista contra su disolución en la fisiología, pero no por ello consiguió preservarla de su disolución, lo que puede apreciarse fácilmente cuando leemos con detenimiento su propuesta. En esta propuesta, por ejemplo, asistimos a una evidente refutación general de toda la psicología cuando Kornílov pretende refutar sólo específicamente “la concepción tradicional de la psicología como una ciencia tratando de la mente, la conciencia, las emociones, los procesos psíquicos, etc.” (p. 263). Al impedir que sea esta ciencia del psiquismo, ¿qué otra cosa podría ser la ciencia psicológica? La psicología se desdibuja y pierde toda su realidad en Kornílov, lo que tal vez explique por qué se apropia la fórmula feuerbachiana según la cual “la fisiología y la psicología no son realidad, únicamente la antropología es realidad” (p. 264). Si la reactología marxista parecía corresponder más a una antropología que a una psicología, fue por su pretensión de monismo y materialismo, porque buscaba estudiar la totalidad concreta y material del fenómeno social y psicofísico-fisiológico humano, representándosela mediante el concepto de reacción, y así escapaba de las visiones unilaterales dualistas e idealistas de la psicología y de la fisiología-reflexología, las cuales, al concebir su objeto, se atienen respectivamente a las abstracciones ideales de lo psíquico y de lo físico-fisiológico.

### **Enfoque histórico-cultural**

La pretendida reconciliación entre las visiones de la psicología tradicional y de la fisiología reflexológica, tal como se realiza en la reactología de Kornílov, fue cuidadosamente reconsiderada por Lev Vygotsky (1896-1934), el fundador del enfoque histórico-cultural y el más conocido e influyente psicólogo marxista soviético. Aunque Vygotsky (1927) haya valorado positivamente a Kornílov por ser pionero en la elaboración de la “metodología” marxista necesaria para la adecuada consolidación de la psicología (p. 332), también lo criticó por no haber conseguido verdaderamente “unificar” lo subjetivo y lo objetivo en el “acto integral de la

reacción” y por “haber impedido que la psicología exista como un todo”, pues “¿cómo podría existir una ciencia sobre dos categorías de ser que fueran fundamentalmente, cualitativamente heterogéneas e irreductibles entre sí?” (p. 313). El error de Kornílov habría sido que no optó por una de las dos categorías, y, por lo tanto, no eligió ni la psicología objetiva-científica-reflexológica ni la subjetiva-filosófica-tradicional. Esta elección resulta inevitable para Vygotsky, quien elige la psicología objetiva, pero no entendida como la reflexología de Pavlov y Bejterev, sino más bien, siguiendo aquí sí a Kornílov, como *ciencia social*, es decir, para Vygotsky, *histórico-cultural*.

El enfoque histórico-cultural vygotskiano tiene su meollo en las nociones de *individualización* e *interiorización*. La idea subyacente a estas nociones, una idea esbozada en Marx y Engels, es que el objeto de la psicología, individual e interior, no existe como algo dado naturalmente y desde un principio, desde nuestra infancia ontogenética o filogenética, sino que surge tardíamente, después de individualizar lo social e interiorizar lo exterior. Esta idea, vinculada con la noción plejanoviana del sujeto como autoconciencia del objeto, encuentra una de sus mejores formulaciones en Tran-Duc-Thao (1951) cuando explica la manera en que “lo exterior deviene interior, por un movimiento en que la conciencia de sí se constituye como conciencia que la realidad toma de sí en su sentido de verdad” (p. 207). Se empieza por la realidad que se torna consciente de sí misma, el exterior que se interioriza, la sociedad que se individualiza. Así, en Vygotsky (1934), lo social y exterior, lo “*interpsíquico*”, es punto de partida y no de llegada, mientras que lo individual y lo interior, lo “*intrapsíquico*”, lo propiamente psicológico, es punto de llegada y no de partida (pp. 294-295).

La mejor manera de apreciar la inversión vygotskiana es recordar la famosa contradicción con respecto a Piaget. En la psicología individualista piagetiana del desarrollo infantil, se empieza por un individuo que nace encerrado en sí mismo y que poco a poco sale de sí mismo, pasando sucesivamente del “autismo” al “egocentrismo” y a la “comunicación” a través de un proceso de *exteriorización-socialización* de “estados mentales profundamente íntimos, personales y autistas” (Vygotsky, 1934, pp. 88-91, 102-103). Este doble proceso es el inverso de la *interiorización-individualización* de la psicología marxista vygotskiana, en la que empezamos por el habla externa “esencialmente social” que se individualiza y se convierte en el monólogo egocéntrico del niño, en su habla externa individual, que luego se interioriza para transformarse en el habla interna individual constitutiva del pensamiento y de los demás procesos psíquicos complejos (pp. 102-105).

El objeto de la psicología, tal como es concebido por Vygotsky, proviene de lo exterior-social, de lo histórico-cultural, a través de su interiorización e individualización. Lo interiorizado-individualizado, aunque psíquico, no deja de ser cultural, social, histórico. El reconocimiento de este “carácter histórico” del psiquismo hace que Vygotsky (1934) lo considere “sometido a todas las premisas del materialismo histórico” (p. 161).

Una vez interiorizado, lo exterior de la historia, de la sociedad y de la cultura, forma el objeto interior de la psicología vygotskiana. En esta psicología, para decirlo con mayor precisión, el ser humano debe interiorizar e individualizar el lenguaje y los demás recursos mediadores culturales e histórica-socialmente determinados, transformándolos así en instrumentos psicológicos, para llegar a construir funciones mentales superiores, tales como el pensamiento, a partir de los reflejos y otras destrezas naturales inferiores. Lo fisiológico se vuelve psicológico gracias a la mediación de lo semiótico, de lo histórico-cultural. Esta mediación social exterior permite que lo naturalmente dado se convierta en el objeto individual interior de la psicología.

Digamos que el psiquismo vygotskiano es la síntesis dialéctica de su doble origen básico-material, fisiológico-natural, y constructivo-formal, histórico-cultural. Al aceptar este doble origen del objeto de la psicología, el enfoque vygotskiano resulta consonante con las perspectivas marxiana y marxista, en las cuales, como sabemos, lo psíquico humano siempre ha sido reconducido simultáneamente a la naturaleza y la sociedad, a la fisiología y la historia. Vygotsky (1925) también coincide con Marx y el marxismo tanto al criticar la explicación idealista circular de la conciencia por la conciencia como al proponer la explicación alternativa de la conciencia por la actividad social. La concordancia entre las perspectivas marxiana-marxista y vygotskiana se encuentra igualmente en varias ideas psicológico-genéticas de Vygotsky (1929), entre ellas la subsistencia del pasado en el presente, la constancia de la determinación temporal histórica, la diferencia entre la historia cultural y la natural, y el desarrollo individual y social concebido no como una evolución lineal, sino como un proceso discontinuo hecho de giros y crisis, descubrimientos repentinos, progresos y retrocesos.

El propio Vygotsky (1927) situaba su trabajo en el marxismo, en donde también ubicaba sin matices ni excepciones todo lo “científico”, todo lo “verdadero” y lo “científico”, lo que le hizo afirmar categóricamente, casi dogmáticamente, que “no podemos decir ‘psicología marxista’ en el sentido en el que decimos psicología asociativa, experimental, empírica o eidética”, ya que “la psicología marxista no es una escuela entre otras, sino la única psicología genuina como ciencia” (p. 342). Ahora bien, aunque Vygotsky sólo creyera en la cientificidad marxista y nos ofreciera un enfoque tan consonante con el marxismo, esto no significa necesariamente que lograra superar el carácter problemático de la psicología marxista y vencer las dificultades que se oponen a su concreción. Por el contrario, él mismo se percató muy bien de lo arduo que sería vencer algunas de estas dificultades, entre ellas el carácter “incomensurable” de los campos marxista y psicológico, la falta de “términos medios” adecuados entre los dos campos incomensurables y la “disparidad de escalas” ya sea entre la generalidad del “materialismo dialéctico” y la especificidad psicológica o entre una corriente de la psicología y una opción doctrinaria del marxismo (Vygotsky, 1927, pp. 339-340).

Es verdad que Vygotsky tuvo éxito al resolver algunas de las dificultades que él mismo detectó, pero nunca pretendió que esto lo hubiera llevado a tener éxito en la construcción de una psicología marxista. Sería bastante discutible, en

efecto, sostener que su enfoque histórico-cultural corresponde a una psicología marxista. Para empezar, no se trata exactamente de una psicología, pues lo psicológico, básicamente la actividad mental superior, es el efecto y no la causa, el resultado y no la premisa, el *explanandum* y no el *explanans*, lo explicado y no lo explicativo en última instancia. Vygotsky (1925) deja claro que no propone una explicación psicológica, sino sólo histórico-cultural, e insiste en que lo psicológico no debe ser explicado por lo psicológico, sino por la actividad social, por la historia y la cultura, por los sistemas semióticos, etc., todo lo cual, a su vez, tampoco puede ser explicado por lo psicológico. ¿Pero acaso estamos aún en la psicología cuando prescindimos abiertamente de la explicación psicológica? Nada más discutible.

Vygotsky tiende a desertar la psicología cuando se muestra consecuente con su perspectiva marxista, evitando la explicación psicológica y reconociendo la causalidad histórico-cultural. Pero también ocurre que se aleje del marxismo al reconciliarse con el enfoque psicológico. Es lo que le hace renunciar al monismo y a la dialéctica para mantener la rígida serie identificatoria interior-subjetivo-psíquico-psicológico y las correlativas contraposiciones interior/exterior, subjetivo/objetivo, psíquico/físico y psicológico/fisiológico. Por más que estén condicionados por la interiorización, lo psíquico y lo psicológico no dejan de permanecer bien delimitados y bien encerrados en el interior, en la conciencia, en lugar de estallar y desplegarse en el exterior, en la realidad material, tal como ocurre en el propio Marx con su psicología desplegada en la historia y en la actividad industrial del ser humano. La idea misma de la interiorización pone en evidencia una perspectiva dualista en la que se admite un lugar interior distinto de lo exterior, lo que está en clara contradicción con el principio monista del marxismo.

La perspectiva dualista se expresa también en la distinción vygotskiana entre la realidad y su simbolización en la conciencia, entre la actividad concreta y la actividad abstracta semiótica. El dualismo además parece alejarse del materialismo y adquirir una orientación idealista cuando Vygotsky (1929, 1934) se concentra en el lenguaje y los demás recursos mediadores culturales, y enfatiza y privilegia la conciencia en la cultura a costa de la acción en la realidad, lo ideológico-cultural-compartido a costa de lo económico-social-conflictivo, y la actividad abstracta semiótica, predominantemente intelectual y fundamentalmente *avanzada y superior*, a costa de la actividad concreta *primitiva e inferior*, más próxima de la actividad manual. Esto le permite valorar positivamente a los humanos y a los adultos en contraste con los animales y los niños, pero igualmente a estudiantes alfabetizados en contraste con los campesinos analfabetas de Uzbekistán (Vygotsky y Luria, 1930). Vygotsky nos descubre aquí de pronto, como en un lapsus, la división del trabajo manual/intelectual que subyace al dualismo cuerpo/alma y a la psicología misma en la perspectiva marxista.

La psicología histórico-cultural vygotskiana tendrá múltiples ramificaciones y continuaciones que tienden a superar sus visiones dualistas originales, pero frecuentemente a costa de un cierto empobrecimiento de sus ideas. Además de Luria y Leontiev, de quienes nos ocuparemos después, debemos recordar

también a otros seguidores soviéticos de Vygotsky, por ejemplo: Bluma Zeigarnik (1938), quien descubre el *Efecto Zeigarnik* por el que se recuerdan mejor las tareas inacabadas; Alexandr Zaporózhets (1965), quien demuestra el carácter activo de la percepción y promueve la amplificación de las capacidades en lugar de la aceleración del aprendizaje; Lidia Bozhovich (1976), quien profundiza en los factores determinantes internos y socioculturales de la personalidad; Piotr Galperin (1979), quien redefine el objeto de la psicología como una actividad orientadora mental; Daniil Elkonin (1980), quien reconduce el origen de los roles sociales al juego infantil; y Piotr Zinchenko (1983), quien demuestra las funciones de la acción y la motivación en la determinación de la memoria involuntaria. Después de estos vygotskianos de la Unión Soviética, habrá muchos otros en el mundo occidental, algunos de los cuales se aproximarán abiertamente al marxismo. Tal es el caso de Yrjö Engeström (1987), Fred Newman y Lois Holzman (1993), Fernando González-Rey (1993), Silvana Calvo Tuleski (2002), Michael Cole (2008), Andy Blunden (2010) y Carl Ratner (2011), entre muchos otros.

### **Teorías de la actividad**

Tras la muerte de Vygotsky, entre 1936 y 1956, su enfoque histórico-cultural sufrió la censura externa de un régimen estalinista más afín a la reflexología. De modo paralelo, desde los años treinta hasta los setenta, Vygotsky sufrió también una depuración interna entre discípulos y seguidores suyos como Leontiev, Zaporózhets, Zinchenko y Galperin, quienes propusieron una “versión revisionista del concepto de actividad” en la que desaparecía el énfasis vygotskiano en la mediación semiótica de la cultura (Kozulin, 1984, pp. 206-207). Esta revisión de Vygotsky se impuso principalmente a través de Aleksei Leontiev (1903-1979), el psicólogo soviético más influyente entre los sesenta y setenta, quien desarrolló una teoría de la actividad que disminuía la importancia del lenguaje y de los demás recursos mediadores culturales, y que explicaba las funciones mentales superiores por la interiorización directa, sin mediaciones, de la estructura de la actividad concreta.

Reorientando a Vygotsky hacia el monismo y el materialismo, Leontiev (1978) consideraba –según sus propios términos– que “la actividad interna, que deriva de la actividad práctica externa, no difiere de ella ni se superpone a ella”, ya que “la actividad exterior y la interior tienen una misma estructura común” (pp. 80-81). La estructura de la actividad exterior, interiorizada como tal y no como una estructura simbólica, “presenta” realmente la realidad en la conciencia en lugar de representarla simbólicamente (pp. 105-107). Así como Lenin había rechazado el materialismo jeroglífico de Helmholtz y Plejánov en el que se conjeturaba una simbolización de la realidad en el psiquismo humano, así Leontiev descarta la hipótesis histórico-cultural vygotskiana de la mediación semiótica del mismo psiquismo y de la resultante simbolización de la realidad en la conciencia.

Para Leontiev, al igual que para Lenin, la conciencia “refleja” la “realidad material” y su propia “separación” con respecto a ella (1947, pp. 203-204; 1964;

p. 53). Es así como surge el “reflejo psíquico activo” que muestra la “separación” y busca la “conexión” entre la “actividad colectiva” con sus “motivos”, por un lado, y, por el otro, las “acciones individuales” con sus “metas”, así como sus “operaciones” constitutivas con sus “condiciones” particulares (1947, pp. 212-213). La mediación consciente entre lo colectivo y lo individual pretende aquí llenar el vacío dejado por la mediación semiótica vygotskiana, pero sin caer en el dualismo y en el idealismo. Esto se consigue al concebir la conciencia como un simple “reflejo psíquico de la realidad” que “regula” y “mediatiza” la actividad (Leontiev, 1978, p. 98), constituyendo así un “momento real en el movimiento de la actividad” (p. 102), un conjunto de “significados objetivos” que “dirigen la actividad exterior e interior del sujeto” (pp. 113-114).

Al reconducir lo consciente a lo significativo, Leontiev corría el riesgo de recaer en la mediación semiótica vygotskiana y en una orientación psicológica dualista e idealista incompatible con la perspectiva marxista monista y materialista. Esto sólo pudo ser evitado al reducir la significación consciente a un “reflejo generalizado de la realidad elaborado por la humanidad” (Leontiev, 1964, p. 74), es decir, a una interiorización general de la actividad exterior, a una reproducción fiel y consensual de la única realidad material, a una duplicación generalmente aceptada como la que ya encontramos en la versión leninista de la teoría del reflejo (Lenin, 1908). Sin embargo, al realizar esta reducción, la reconciliación con el marxismo terminaba saldándose con una invalidación de la psicología. Como bien lo observó Sergei Rubinstein (1889-1960), quien proponía una teoría de la actividad que rivalizaba con la de Leontiev, si la relación entre la conciencia y la realidad “fuera siempre adecuada y como un reflejo, de modo que el acto ejecutado no necesitara ninguna interpretación de su naturaleza interna, entonces sería superfluo todo conocimiento psicológico” (Rubinstein, 1940, p. 40).

A diferencia de Leontiev, Rubinstein justificaba el conocimiento psicológico al razonar de modo “más dialéctico”, al reconocer la “interconexión entre la actividad interior y exterior”, al no exagerar unilateralmente la “dependencia” del psiquismo en relación con la actividad exterior y al considerar que las condiciones externas intervienen “refractadas a través de las condiciones internas” (Dafermos, 2015, p. 265). Rubinstein consideraba, también en oposición a Leontiev, que toda actividad “física” o “material externa” tiene ya un “contenido psicológico”, es decir, “contiene ya en su interior componentes psíquicos (fenómenos, procesos) por medio de los cuales se regula” (1945, p. 169; 1959, p. 340). Por lo tanto, reflejar internamente, o interiorizar una actividad exterior, sería, de hecho, reflejar un reflejo o interiorizar algo ya interior. Lo psíquico está siempre involucrado en lo físico humano, como ya lo había observado Pannekoek (1938) al criticar precisamente la teoría leninista del reflejo retomada por Leontiev (1964, p. 168).

El psiquismo, tal como lo concebía Rubinstein, estaba involucrado en cualquier actividad y era decisivo para ella, pero no podía reducirse a ella ni tampoco identificarse con ella. Descartando las hipótesis reflexológica y “materialista mecanicista” de la “identidad” entre lo psicológico y lo fisiológico, Rubinstein (1940)

acentuó el principio de la “unidad psicofísica” de “conciencia y actividad”, de los “fenómenos internos y externos”, de “lo psíquico y lo físico”, y consideró que este principio, además de permitir conservar la “peculiaridad cualitativa” de lo psíquico, también “hacia factible” conocerlo de modo “científico y objetivo” a partir de “los hechos externos de su conducta, de sus obras y sus actos” (pp. 34-39).

Al rechazar la identidad y aceptar la unidad psicofísica, Rubinstein (1940) buscaba preservar el objeto de la psicología sin caer por ello en la “confrontación dualista de lo psíquico (como de un mundo interno aislado en sí mismo) y del mundo externo” (p. 37). Su intención era la de ser un psicólogo materialista y monista, y, por tanto, mantener su consistencia con el marxismo a pesar de la psicología. Y ciertamente Rubinstein supo ser un psicólogo marxista consecuente cuando retomó premisas fundamentales del marxismo; por ejemplo, que “la evolución de la conciencia humana va indisolublemente unida al comienzo de la actividad del trabajo social” (p. 155). Esta premisa, por cierto, fue complementada con una idea central en la teoría de la actividad de Rubinstein, una idea suya original y sumamente sugerente, a saber, que la actividad humana implica una “toma de conciencia” porque debe responder necesidades “sociales” que no podrían satisfacerse de modo inconsciente o “instintivo” (pp. 617-618).

La sociedad humana, con sus necesidades propias, requeriría un psiquismo. El objeto de la psicología sería una exigencia de la actividad social. Esta actividad, precisamente por ser social, tendría que ser consciente, psíquica y no sólo física, interna y no sólo externa. Y, sin embargo, según Rubinstein (1940), el objeto de la psicología sería exclusivamente la actividad interna y no externa, “lo psíquico” y no lo físico, “la conciencia” en relación con el “mundo objetivo” y no este mundo en su realidad inconsciente (pp. 37-41). El objeto de la psicología, en otras palabras, no sería verdaderamente un objeto, sino un aspecto parcial del objeto, un aspecto psíquico ideal que se abstraería de la unidad psicofísica material descrita por el propio Rubinstein como un “todo orgánico” (p. 29).

En lugar de ser una ciencia materialista del todo orgánico de la actividad interna y externa, la psicología de Rubinstein sería una abstracción idealista del aspecto interno de la actividad en su relación con el aspecto externo. Este problema de la teoría de la actividad de Rubinstein fue bien apuntado por Leontiev (1978), quien observó con razón –en sus propios términos– que la visión de Rubinstein era “unilateral” y que “hacia abstracción del hecho capital de que la actividad –en cualquiera de sus formas– entra en el proceso del reflejo psíquico”, por lo cual “nos vemos forzados a incluir la acción objetiva externa del sujeto en el tema de nuestra investigación psicológica” (pp. 73-74). Leontiev reconoce así que la investigación psicológica no puede ser únicamente psicológica. Debemos necesariamente salir de la psicología para no caer en una abstracción parcial idealista subjetivista que nos haría traicionar la materialidad total concreta del objeto y así traicionar también nuestra perspectiva marxista, materialista y monista.

Leontiev criticó el subjetivismo de Rubinstein con tanta perspicacia como la que Rubinstein mostró al criticar el objetivismo de Leontiev. Así como Rubinstein

descubrió el principal error de Leontiev en su negación del componente psíquico interior de la actividad física exterior, así Leontiev detectó el principal error de Rubinstein en su desconocimiento del componente físico exterior de la actividad psíquica interior. Ambos errores permitieron delimitar un objeto abstracto para la psicología al separar lo psíquico y lo físico y así escindir la totalidad concreta psicofísica de la actividad. La totalidad se perdió, pero se ganó un psiquismo. La teoría dualista psicológica, objetivista o subjetivista, se preservó a costa de una teoría monista de la actividad subjetiva-objetiva. La teoría de la actividad se vio así traicionada por sus dos principales constructores.

### **Psicología concreta**

A finales de los años veinte, mientras Vygotsky desarrollaba su enfoque histórico-cultural y años antes de que Leontiev y Rubinstein enfrentaran sus respectivas teorías de la actividad, el franco-húngaro Georges Politzer (1903-1942) esbozó el proyecto de una psicología concreta que se inspiraba profundamente del marxismo, pero que no se emparentaba de ningún modo con los sucesivos paradigmas de la psicología marxista soviética. La psicología concreta se originaba más bien en el psicoanálisis, o mejor dicho en la revuelta por la que se “volvía contra” su origen psicoanalítico, según la expresión del mismo Politzer (1928, p. 240). La psicología concreta, en efecto, partía de un doble gesto de reafirmación y rectificación del psicoanálisis. Por un lado, lo rectificado, lo rechazado, era la abstracción patente en la metapsicología freudiana, en la teoría de las pulsiones, del inconsciente, de las instancias y de las demás funciones aislables y generalizables. Por otro lado, lo reafirmado, lo recuperado, era la concreción en las investigaciones e interpretaciones puntuales de los casos clínicos, de los relatos y dramas humanos, de la experiencia personal irreductiblemente singular de cada individuo. Todo esto es lo que el psicoanálisis podía ofrecerle a la psicología concreta para la concepción de su objeto.

En su enfatización de la singularidad concreta y en su rechazo de la abstracción generalizadora, la psicología concreta nos recuerda la teoría psicológica implícita en la estrategia socialista de Rosa Luxemburgo (1904, 1905). Politzer, al igual que Luxemburgo, reconduce el objeto de estudio al acontecimiento que resiste a cualquier teorización. Este objeto de la psicología concreta difiere sustancialmente de los objetos de las demás psicologías marxistas que revisamos. Todos estos objetos habrían sido abstractos para Politzer, ya que se abstraían de *lo que acontece* en la compleja experiencia personal de cada individuo, se aislaban de su vida y de las circunstancias, carecían de consistencia vital y de trama dramática, y tenían un carácter formalizado y generalizado. Es lo que ocurría con los reflejos de Pavlov y Bejterev, las reacciones de Kornílov, las operaciones mentales superiores de Vygotsky e incluso la actividad en Leontiev y en Rubinstein.

En lugar de estudiar *la* actividad en general, la psicología concreta de Politzer (1928) estudia cada vez *un* “acto” singular como “encarnación actual” de cierto “yo” en ciertas circunstancias (p. 69), es decir, como “segmento de la vida

dramática” de quien lo describe en “primera persona” (p. 236). Este acto es el más elemental de los hechos psicológicos, todos ellos definidos simplemente como “segmentos del ‘drama’ constitutivo de la vida de un individuo particular” (p. 229). ¿Pero qué es exactamente el *drama* para Politzer? Es simplemente lo “representado por mi vida”, lo que se ve compuesto de “acontecimientos” y “gestos esclarecidos por relatos” (p. 248), lo que tiene aquella “significación que hace una escena humana a partir de un conjunto de movimientos” (pp. 233-234). Lo dramático no es entonces un simple “comportamiento” en tanto que “percibido”, sino un comportamiento en tanto que relatado, “construido” con “sentido”, intrínsecamente “significativo” y susceptible de “comprensión” (p. 249).

Es paradójicamente en la comprensibilidad, en la significación ideal, en donde radica la concreción material dramática en la que se funda la perspectiva materialista de la psicología concreta. Esta perspectiva politzeriana, muy próxima de la concepción monista del materialismo en Marx, Engels, Plejánov y Lukács, busca superar los dualismos ideal/material, mental/físico, interior/exterior, significado/significante, y lo hace a través de un retorno a la original “unidad dramática” de la significación que habría sido rota por la “división de la sociedad con la consecuente separación entre trabajo físico y mental” (Bleger, 1955, pp. 30-31). Hay aquí, por cierto, una importante coincidencia con la psicología marxiana de la determinación material dominante, pero también con las aspiraciones sintéticas de los psicólogos soviéticos. Al igual que Kornilov y Vygotsky en la misma época, en efecto, Politzer (1928) presenta su psicología concreta como “una verdadera síntesis de la psicología subjetiva y de la psicología objetiva” (pp. 247, 252). Lo estudiado por esta psicología sintética, el drama, no es “ni exterior ni interior” (p. 251). Su objeto, el acto, no lo es tampoco.

La psicología concreta politzeriana estudia lo que no es exactamente ni exterior ni interior. El psiquismo, entendido como interior, no puede ser el objeto de esta psicología. Su objeto de estudio, por lo tanto, no puede ser el de la psicología. Politzer (1929) termina deshaciéndose de la “realidad espiritual” (p. 342), del “alma y la vida interior” (p. 344). Su psicología concreta se entenderá finalmente como una “psicología materialista”, como “psicología sin vida interior” (1947, pp. 100, 112), que se insertará en la economía, que tendrá por objeto “el conjunto de los hechos humanos reales” y que se vinculará de modo “absolutamente íntimo” con el marxismo (pp. 113-120).

Quizás ya fuera la perspectiva marxista la que hizo que Politzer (1928) encontrara la consideración del objeto de su psicología concreta fuera del campo psicológico, en la literatura, en donde se había “refugiado” la “psicología verdadera” (p. 31). A diferencia de esta psicología verdadera, la supuesta ciencia psicológica podría no ser más que algo falso e ilusorio. Politzer (1929) plantea como posibilidades, en efecto, que la psicología sea “una ilusión de los filósofos tomada en serio por los fisiólogos”, que no haya un lugar para lo psicológico en las ciencias humanas y que “la idea misma de una psicología científica sea una mentira” (p. 332). Uno de los más creativos seguidores y continuadores de Politzer, el psicoanalista marxista argentino José Bleger (1955), no dudará en describir la

psicología como una “pseudociencia”, un conjunto de abstracciones religiosas que se presentarían con un “ropaje pseudocientífico” (p. 80).

### **Psicología objetiva**

Al analizar el desarrollo del pensamiento psicológico de Politzer, el también francés Pierre Naville (1904-1993) concluyó que no había desembocado en la exclusión de la psicología científica, sino en una definición estricta de sus condiciones de posibilidad. Esta definición tan sólo había sido posible, según Naville, cuando Politzer asumió el marxismo de manera más consecuente y sistemática. La propuesta psicológica politzeriana sólo habría sido plenamente marxista en su final, después de avanzar desde lo concreto hasta lo material del materialismo dialéctico, es decir, para Naville (1945), desde el “aspecto subjetivo” del drama, que es “lo vivido”, hasta su “aspecto objetivo”, que es “el comportamiento” (p. 304).

El punto al que habría llegado Politzer, el de la objetividad comportamental, es el mismo del que parte Naville en su propuesta de psicología objetiva conductista que se inspira tanto de Marx como del behaviorista John Watson. Esta propuesta se presenta, entonces, como sucesora de la politzeriana, como su continuación, como una etapa más avanzada en la misma progresión. Es al menos así como la concibe Naville, pero se le puede ver de modo contrario, como regresión a un objetivismo anterior a la síntesis politzeriana entre lo subjetivo y lo objetivo.

La propuesta objetivista de Naville nos hace retroceder hasta el momento reflexológico de Bejterev. Quizás incluso nos retrotraiga más atrás, pues el conductismo adoptado por Naville (1930) está obsesionado con la objetividad, intenta purificarse de todo residuo subjetivo, “niega absolutamente” la conciencia y la espontaneidad, y por todo esto se jacta de ser “más radical” y “sistemático” que la reflexología (pp. 112-113). La idea es constituir una ciencia del comportamiento sin rastro de subjetividad.

La psicología, para Naville (1948a), debe depurarse del sujeto y desembarazarse de “toda ontología subjetivista” (p. 40). No debe ser un pretexto para la “subjetivación” del mundo, sino que ha de tender, por el contrario, a la “creciente objetivación de todo lo existente” (p. 40). Su campo de estudio tiene que ser, en los términos del propio Naville, “la intervención del ser humano como objeto en la actividad de la naturaleza” y no como “sujeto sustancial cualitativamente heterogéneo con respecto a las cosas” (pp. 40-41).

Naville sugiere de manera tácita que el sujeto no se distingue sustancialmente de las cosas, que es de algún modo una cosa entre otras y que es así como debe ser estudiado por la psicología objetiva entendida como ciencia del comportamiento. La objetivación psicológica-científica del ser humano es también una forma de cosificación y despersonalización en la que se delata no sólo cierta psicología, sino también cierto marxismo, el que se impone con el estalinismo en los años 1930 y 1940. Aunque se opusiera decididamente a Stalin y fuera excluido

muy pronto del Partido Comunista, Naville es uno de los exponentes más francos y elocuentes del momento estalinista de persecución y supresión del sujeto.

Es una cierta versión del marxismo, la del estalinismo, la que hace que Naville conciba la psicología como una ciencia objetiva del comportamiento. Esta concepción, tal como la ve Naville, está en “la base” misma del materialismo dialéctico (Naville, 1930, p. 129) y resulta de una objetivación en la que “triunfa” el mismo pensamiento materialista del marxismo (1948a, p. 40). La psicología objetiva es marxista porque admite, como lo explica Naville (1948b), que “los fenómenos del ser gobiernan los del pensamiento”, que “lo fisiológico y lo físico-químico determinan lo psíquico” (p. 232).

El materialismo de Marx es interpretado por Naville como un objetivismo, como un fisiologismo y como un fisicalismo. No hay aquí lugar para el sujeto ni para su causalidad psíquica. Naville (1930) no duda en proclamar, con su acostumbrada franqueza, que la “eliminación” de toda subjetividad es la “forma óptima de objetividad” a la que tiende el materialismo (p. 124). Ser materialista, para Naville, es reconocer la materia únicamente en el plano contemplativo objetivo y no en el de la práctica subjetiva, tal como sucedía en Feuerbach, que por ello fue criticado por Marx. Más que marxista, Naville es feuerbachiano, al menos en este aspecto.

Hay otros aspectos en los que Naville se muestra plenamente marxista. Uno de ellos es el sentido político preciso que imprime al conductismo. Al enfatizar el ambiente en lugar de la herencia, por ejemplo, una psicología conductista pondría el acento en las condiciones sociales, presupondría que podemos “cambiarlas bajo ciertos límites” y justificaría nuestra lucha contra el colonialismo, contra “el racismo y el imperialismo” (Naville, 1930, pp. 125-127).

El aspecto en que la psicología objetiva de Naville muestra mejor su lado marxista es aquel en el que se permite entrar en tensión con el behaviorismo de Watson. Esto sucede cuando Naville (1930) observa con su acostumbrada franqueza, delatando el instrumentalismo que subyace a su objetivismo, que el ser humano es “instrumento” y no sólo “objeto” de la ciencia (p. 127). La misma tensión entre la psicología objetiva de Naville y la conductista de Watson puede apreciarse cuando la primera plantea, por ejemplo, que los comportamientos son ellos mismos “fuerzas objetivas”, que estas fuerzas involucran una suerte de conciencia entendida como “facultad de implicar acciones por el juego de un simbolismo a efecto retardado” y que todo se desarrolla en un medio que no es un ambiente natural y “virgen”, sino un mundo “viejo”, el de la sociedad capitalista de clases en la que se condensa todo lo que nos han dejado las generaciones anteriores (pp. 127-128).

A diferencia del conductismo, la psicología objetiva de Naville no pretende ser una suerte de ciencia natural de la sociedad, sino que es plenamente histórica. Lo es porque reconoce que el dominio psicológico, según los términos del propio Naville, corresponde a la “dialéctica de la relación entre los

comportamientos biofísicos y sociales” (Neville, 1948a, p. 41). Esta dialéctica está en el centro de la propuesta walloniana de psicología.

### **Psicología dialéctica**

El marxista francés Henri Wallon (1879-1962) resituó el campo psicológico en la frontera entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Al hacer esto, Wallon coincidía tanto con Neville como con Trotsky (1925), pero discrepaba de Pavlov y Bejterev, quienes ubicaban la psicología en las ciencias naturales, y de Kornílov y Vygotsky, quienes tendían a localizarla en las ciencias sociales. Estas dos ubicaciones de la naturaleza y de la sociedad, tal como fueron dialécticamente concebidas por Wallon (1951a), eran sin duda unilaterales y por eso debían pensarse al mismo tiempo, ya que sólo así mostraban que la psicología tiene un carácter “híbrido” que le permitiría “enlazar” los dominios biológico-fisiológico y antropológico-sociológico, razón por la cual tendría “interés dialéctico” y merecería el rechazo de una “metafísica reaccionaria” (p. 32).

En su representación walloniana, la psicología sería intrínsecamente dialéctica por sintetizar los elementos contradictorios de lo natural y lo social-cultural. Estos dos elementos se opondrían y reconciliarían dialécticamente a través del campo psicológico. Según los términos del propio Wallon (1946), “la psicología hace enfrentarse en el ser humano dos sistemas materiales entre los cuales debe realizarse perpetuamente un equilibrio: su organismo y el conjunto de condiciones técnicas que son el sustrato de cada civilización” (p. 136). La sucesión enfrentamiento-equilibrio entre lo orgánico-natural y lo técnico-sociocultural pautaría todo el desarrollo individual humano, el cual, descrito por Wallon (1940) en términos dialécticos perfectamente consecuentes con la representación marxista de la historia, tendría un carácter “discontinuo” y compuesto de “crisis” y “conflictos” (p. 13), de saltos “de sistema en sistema” (p. 23), y de “anticipaciones” y “retrocesos” (p. 95).

Todo el desarrollo del individuo estaría entonces marcado, según Wallon (1940), por “el enfrentamiento y la implicación mutua de los factores de origen biológico y social” (p. 32). Ya en los primeros meses de vida, la “prematuración” del niño hace que sus necesidades biológicas tan sólo puedan satisfacerse socialmente a través de su “expresividad” y de sus “relaciones interindividuales” (p. 42). La misma relación dialéctica entre lo natural y lo social vuelve a encontrarse en las emociones que “anticipan la intención y el discernimiento”, que permiten un “primer tipo concreto y pragmático de comprensión” o “participación mutua”, y que así “amalgaman lo social y lo orgánico” (p. 124). Entendemos entonces que Wallon (1951b) no pudiera “disociar lo biológico y lo social”, que los considerara “complementarios desde el nacimiento” y que sólo pudiera “concebir la vida psíquica bajo la forma de sus relaciones recíprocas” (p. 175). Todo esto sólo viene a confirmar el carácter inflexiblemente dialéctico de la perspectiva de Wallon, el cual, por su dialéctica y por lo demás que ha mencionado, ciertamente “es

marxista en todos los giros, en todos los detalles de su pensamiento”, como bien lo ha señalado uno de sus principales discípulos (Zazzo, 1959, p. 135).

Que Wallon haya sido un marxista consecuente es algo de lo que no cabe la menor duda. También resulta indudable que fue un pensador genial. Quizá lo único dudoso es que su pensamiento haya correspondido verdaderamente a una psicología en el sentido estricto del término.

La convicción de Wallon, como recordaremos, es que el campo psicológico se encuentra en la frontera entre los ámbitos social y natural, pero él mismo no deja de reconocer implícitamente que este campo no existe, ya que los ámbitos social y natural, antropológico-sociológico y biológico-fisiológico, no dejan de traslaparse e anudarse en amalgamas y relaciones de complementariedad. No hay, pues, una apertura entre lo social y lo natural, sino una cerrazón, mutua imbricación, compenetración o saturación recíproca. Y si es así, como el propio Wallon parece admitirlo, entonces no hay lugar para la psicología, pues su lugar ya estaría doblemente ocupado, siendo el lugar de la intersección entre la antropología y la biología, entre la sociología y la fisiología.

Digamos que la disciplina psicológica no tiene un territorio propio en Wallon. Su nombre no designa su propio campo, sino la coexistencia de otros dos campos. Los campos tan sólo existen psicológicamente porque existen simultáneamente. El walloniano Alberto Merani (1976) expresará esto de manera positiva: “lo psíquico es una unidad asentada sobre la diversidad, lo cual significa que la síntesis psicológica se aplica a conceptos de relaciones” (p. 156). El pensamiento, por ejemplo, “resulta de la interacción dialéctica del viviente con el mundo exterior” (1968, p. 147). Lo biológico y lo sociológico no consiguen superarse en una síntesis dialéctica, sino que se mantienen para interactuar, para intersectarse en lo psicológico. La psicología de Wallon es una intersección entre la biología y la sociología, una relación interior a tales ciencias, y no una ciencia en sí misma. Lo mismo que su campo, su objeto sólo es suyo al ser doblemente ajeno.

### **Psicología histórica**

El carácter ajeno del campo y del objeto de la psicología fue uno de los problemas de los que partió un contemporáneo de Wallon, el franco-polaco Ignace Meyerson (1888-1983), fundador de una psicología que se presenta como histórica y cuya profunda inspiración marxista está fuera de cualquier duda (Dambuyant, 1971; Pizarroso López, 2008). Para Meyerson (1948), “la investigación que el psicólogo no ha hecho, otros la hicieron un poco en su lugar”, entre ellos historiadores, teólogos, juristas, escritores, sociólogos y etnólogos (pp. 9, 119). Todos ellos, aunque no fueran psicólogos, habrían sabido buscar el psiquismo en el único lugar en el que se encuentra, no “en el vacío”, sino en “su trabajo”, en “las obras” de “los hombres involucrados en su contexto social y material” (pp. 9-11), en las “objetivaciones” de los “estados mentales” (p. 31), en sus “expresiones” y “exteriorizaciones” (p. 75), por ejemplo en “útiles y técnicas, lenguas, religiones, instituciones sociales, sistemas de ciencias, series artísticas”, según la enumeración

del más conocido seguidor de Meyerson, el historiador Jean-Pierre Vernant (1987, p. 142).

Para empezar a problematizar la psicología histórica, notemos que situaba el psiquismo prácticamente en todos lados, salvo en sí mismo. Su lugar estaba precisamente al exterior de sí mismo, ahí en donde se exteriorizaba o proyectaba. Fue ahí en donde radicaría verdaderamente el campo y el objeto de la psicología: un campo y un objeto que se habrían mantenido lógicamente ajenos a las investigaciones de los psicólogos.

El error de los psicólogos habría sido el de pretender investigar lo psíquico en lo psíquico, en los comportamientos y en las funciones psíquicas, y además, lo que es peor, en abstracto y en general, es decir, independientemente de las obras concretas de los distintos hombres y de su especificidad contextual histórica. Meyerson (1948) critica esta abstracción y generalización, busca devolver el “carácter histórico” a los “estudios psicológicos”, propone remplazar la “teoría general del comportamiento” por un estudio específico de las obras concretas de “un hombre de un país y de una época”, e insiste en que estas obras no pueden separarse de las “funciones psicológicas” que las han “creado” y que son tan históricas como ellas (pp. 11-15, 119). El psiquismo tendría una historia que sería contada por sus obras. De ahí que la psicología histórica, en el plano metodológico, decida recurrir al “análisis comparativo de las obras” para obtener el “conocimiento de las funciones psicológicas en su historia” (p. 195).

El objeto de la psicología podría concretarse y especificarse históricamente a través del método prescrito por Meyerson. Esto hace que la perspectiva histórica tenga dos ventajas visibles en comparación con perspectivas tradicionales y convencionales. Por un lado, al estudiar las funciones psicológicas en las obras concretas materiales y objetivas, las estudia “objetivamente” a través de su “objetivación” o “proyección” en los objetos (Meyerson, 1948, pp. 10, 31). Esto permitiría conocer lo que “tiene psicológicamente densidad y consistencia”, y no el “blando vientre de la persona” (Vernant, 1987, p. 152). Por otro lado, al considerar la especificidad histórica de las funciones y no sólo de las obras, permite ir más allá del “dogmatismo de la permanencia”, y muestra cómo todas las funciones psicológicas están “sometidas al cambio”, están “inacabadas” y son “inacabables” a pesar de los “acabamientos” sucesivos de las obras (Meyerson, 1948, pp. 120, 190-193). Esta idea va contra la creencia común en funciones psicológicas básicas universales que “definen el hombre y que no pueden ser otras que las que son”, de tal modo que “un hombre debería tener personalidad, voluntad, memoria, imaginación, percepción, etc., como tiene una cabeza o un estómago” (Vernant, 1950, p. 166).

Estudiando el psiquismo en su materialidad objetiva y en su transformación histórica, la psicología meyeroniana muestra cómo se inspira profundamente del marxismo y de su materialismo histórico. La misma orientación marxista se confirma también, de modo más preciso, en la descripción de la historia, no como una “continuidad natural” o como una “sucesión lineal”, sino por el contrario, como en Wallon, en términos de “mutaciones, rupturas, giros bruscos,

desviaciones y retornos” (Meyerson, 1948, p. 145). Pero quizá la mejor evidencia del marxismo de Meyerson pueda llegar a descubrirse en intuiciones geniales como aquella que explica la diferencia entre “pensamiento” y “lenguaje”, y quizás también el dualismo psíquico-físico en general, por la generalización de un “desfase histórico” entre lo uno y lo otro: un desfase análogo al que hay, en Marx, entre las fuerzas y las relaciones de producción, entre la economía y la ideología, etc. (pp. 109-110).

Quizás haya sido por su marxismo que Meyerson (1948) intentó historizarlo todo, incluso el psiquismo, la persona y la individualidad, que no serían entidades “simples, inmediatas y primitivas”, sino que existirían de manera “mediata” y “construida”, así como “compleja” y “tardía”, y sólo “en y por las obras” (pp. 151-185). Retomando y profundizando la historización que empieza con Marx (1844) y Engels (1876), Meyerson acepta implícitamente que el objeto de la psicología tiene una existencia histórica puntual que derivaría de una posición de liderazgo en el clan primitivo, de una diferenciación de las clases sociales, del nombre y el rol cultural en la antigua comunidad y de influencias espirituales dionisiacas, órficas, estoicas, cristianas, etc. Sin embargo, si esto es así, entonces no podríamos generalizar la hipótesis meyersoniana de la proyección y la objetivación del psiquismo en las obras. ¿Pues cómo lo psíquico habría podido proyectarse y objetivarse cuando todavía no existía? ¿Cómo habría podido exteriorizarse algo cuando se carecía de lo interior exteriorizable que sólo surge en ciertas circunstancias históricas?

Lo cierto es que la psicología histórica de Meyerson, aunque pretenda historizarlo todo en el psiquismo, no da el paso decisivo de historizar verdaderamente la existencia misma del psiquismo y de su interioridad exteriorizable. Hacerlo hubiera supuesto convertirse en una ciencia plenamente marxista y verdaderamente histórica, pero también renunciar a su condición de psicología y a su concepto central de exteriorización. Al igual que la interiorización vygotskiana, la exteriorización meyersoniana resulta incompatible con dos principios marxistas básicos, el de la relativización histórica general y el de la indistinción monista originaria, ya que implica la aceptación ahistórica dualista de un interior originaria y absolutamente distinto del exterior. No se avanza mucho al oponerse a la “interiorización mecánica de las experiencias” cuando se conjetura finalmente una “proyección de los progresos interiores en las experiencias” (Meyerson, 1948, p. 106). De hecho, al menos en este aspecto, Meyerson parece representar un retroceso con respecto a Vygotsky, pues la exteriorización meyersoniana presupone un origen interior como el que había en Piaget, mientras que la interiorización vygotskiana descansaba en el supuesto del origen exterior y permitía intuir una interiorización del interior mismo a partir del exterior, esto es, una suerte de pliegue del exterior, como explicación materialista de la formación del psiquismo.

## Teoría de la personalidad

La psicología histórica recibió una penetrante crítica por parte de Lucien Sève (1926-2020). Este marxista francés, bien conocido por su aproximación a la teoría de la personalidad a finales de los años sesenta, le reprochó a Meyerson la subestimación del factor clasista y la reducción de las personas reales a las concepciones ideológicas de la persona dominantes en cada época, así como la descomposición de una personalidad total, cuya “singularidad es esencial”, en funciones psíquicas aisladas que “poseen una esencia relativamente general” (Sève, 1969, pp. 304-306). La psicología histórica no habría cumplido su propósito de “superar el nivel del hombre abstracto”, ya que tal superación requería, según Sève, no sólo una consideración de la “variabilidad histórica”, sino también un análisis de las variaciones clasistas y personales en el interior del marco de “un país y una época” (p. 304).

Pretendiendo superar las deficiencias de la psicología histórica, Sève (1969) propuso una “nueva ciencia psicológica” centrada en una “personalidad” total y singular entendida como “sistema viviente de relaciones sociales entre las conductas” (p. 239). El elemento conductual, ya estudiado por Naville, se complicaba en el plano relacional enfatizado por Marx (1845). El resultado, conductual-relacional, permitía estudiar lo que le interesaba a Sève (1969), lo resumido por el término de “biografía”, esto es, el “sistema singular de necesidades del desarrollo de cada personalidad” sobre la “base real” de “las relaciones sociales” (pp. 435-436).

Desde el punto de vista marxista de Sève, es lógicamente en las relaciones sociales en donde se gesta y se desarrolla la singularidad individual. El individuo singular debe ser también relacional. Esto es lógico en una psicología consonante con el marxismo. Si la propuesta psicológica de Sève (1969), como “ciencia de la individualidad humana concreta”, nos conduce a un individuo relacional y no sustancial, es porque “se articula sobre el materialismo histórico” y sobre su “concepción científica general del hombre” como “conjunto de relaciones sociales” (p. 68).

Al reivindicar su concepción del ser humano relacional, Sève (1969) se enfrentó con dos corrientes rivales del pensamiento marxista francés de su época: por un lado, el “humanismo filosófico” de Roger Garaudy, que desconocía el aspecto relacional del ser humano y reducía la “humanidad” a la “individualidad” (pp. 86-90); por otro lado, el “estructuralismo científico” de Louis Althusser, que desconocía el aspecto humano de las relaciones y reducía lo relacional a lo estructural (pp. 97-106, 168-178). El doble rechazo del individualismo humanista y del estructuralismo anti-humanista, del humanismo filosófico y del anti-humanismo científico, llevó a Sève a proponer un “humanismo científico” indisociable del “socialismo científico” y enfocado a la plena realización del ser humano relacional en la “sociedad comunista” (p. 176).

La concepción del ser humano relacional fue lo más importante que el materialismo histórico aportó a la psicología de la personalidad propuesta por Sève.

Al obtener esta “concepción científica” tan profundamente compatible con el comunismo y con el socialismo científico, la psicología de la personalidad no sólo estaba en condiciones de adoptar una “perspectiva política revolucionaria” comunista y socialista, sino que también adquiriría científicidad, un “fundamento” en el campo de la ciencia, así como una “posición exacta” en este mismo campo, el del “materialismo histórico y las ciencias que dirige” (Sève, 1969, pp. 63-69). La misma psicología podía también contar, de modo complementario, con la “guía epistemológica” del materialismo dialéctico, el cual, según Sève, debía “vigilar” el trabajo psicológico, darle un “hilo conductor”, y ponerlo en “perspectiva teórica y práctica” (pp. 61-65).

Dirigida-orientada por el materialismo dialéctico y fundada-situada en el materialismo histórico, así como implicada-comprometida con un proyecto revolucionario comunista y socialista científico, la psicología de la personalidad de Sève parece corresponder perfectamente a una psicología marxista. El mismo Sève enmarca su propuesta psicológica en el marxismo e insiste una y otra vez en su vinculación esencial con la filosofía marxista. Sin embargo, aunque acepte que puede haber “una concepción y una utilización marxistas de la psicología”, también coincide con Vygotsky al considerar significativamente que “no puede haber, en sentido estricto, una psicología marxista”, ya que el marxismo sólo exige una “psicología científica”, y calificarla de marxista “sólo embrolla la cuestión” (Sève, 1969, pp. 61-62).

La única psicología marxista sería la psicología científica, la cual, únicamente por ser científica, debería coincidir con el marxismo. La perspectiva marxista sólo exige científicidad. El marxismo se vuelve un científicismo. El razonamiento aplicado a la psicología debería poder aplicarse a cualquier otra cosa, incluso al socialismo, científico por ser marxista. Pero entonces la noción misma de ciencia pierde un sentido preciso. Y cuando se intenta precisar su sentido, se le da un sentido marxista, cayendo así en un razonamiento circular.

Por ejemplo, el marxismo deberá aceptar cualquier psicología científica, pero una psicología sólo será científica si adopta la concepción marxista del ser humano como conjunto de relaciones sociales. De modo que la psicología tendrá que ser marxista para poder ser aceptada por el marxismo. Sin embargo, una vez aceptada, Sève dirá que no la aceptó por ser marxista, sino por ser científica. Y además negará explícitamente la existencia de una psicología marxista. Y por si fuera poco, sostendrá que “el ser de los hombres no puede encontrarse directamente en el terreno de una psicología, en el sentido ordinario del término, sino en el del materialismo histórico” (Sève, 1969, p. 169). Tal aserción resulta desconcertante cuando se piensa que todo el proyecto psicológico de Sève obedece a su inserción en el materialismo histórico, en tanto que garantía de científicidad, y que está dirigido precisamente al análisis de la esencia relacional humana. Desde luego que este proyecto ya no corresponde a *la psicología en el sentido ordinario del término*, ¿pero entonces por qué seguir denominándolo *psicológico*?

¿Por qué aferrarse a la psicología cuando se es marxista y se tienen reticencias tan profundas con respecto a la psicología? Aunque se asegure que estas

reticencias resultan “injustificadas”, lo cierto es que se encuentran en la base misma de una teoría de la personalidad que, al igual que la de Kornilov, es más una *antropología*, una ciencia de “la personalidad humana en su conjunto y sin restricción”, que una *psicología*, una ciencia de las “funciones psíquicas” como la de Meyerson (Sève, 1969, pp. 19-20). Resulta comprensible que Sève renuncie tácitamente a la psicología cuando piensa que debe ser científica y que sólo puede serlo al ser marxista, pero que no puede haber una psicología marxista, y que la psicología sólo puede ser marxista al ser una antropología y no una psicología. En suma, la psicología no puede ser lo que debe ser, ni marxista ni científica ni psicológica.

Es como si Sève no dejara de reconocer que la psicología es una “falsa ciencia”, que sirve para vehicular insidiosamente “concepciones burguesas”, que tiene un carácter “idealista y despolitizado”, que está impregnada por el individualismo y por un “humanismo especulativo”, y que por tanto “recae fatalmente más acá de la ciencia marxista, y de la verdad” (pp. 18-20). Toda la construcción teórica de Sève parece desplegar, con maestría y genialidad, la denegación de la pregunta que se plantea en un principio: “¿acaso el marxismo, en su acto de fundación, no implica el fin de toda la psicología?” (p. 19).

### **Psicología desde el punto de vista del sujeto**

Sabemos que Sève no aceptó *el fin de toda la psicología* porque abrigaba la esperanza de ofrecer una psicología que fuera *diferente de toda la psicología*, entendiéndose *de toda la psicología existente, conocida o en el sentido ordinario del término*. Encontramos la misma esperanza en el psicólogo crítico marxista alemán Klaus Holzkamp (1927-1995), quien también creyó que podría salvar la psicología al proponer un primer modelo psicológico válido cuya forma final y definitiva, la que aquí nos interesa, fue la *psicología desde el punto de vista del sujeto*. Este modelo, inspirado en parte por Leontiev, debe entenderse como una alternativa en la que se rectifican todos los vicios de la psicología que fueron sucesivamente detectados por Holzkamp en treinta años de trabajo sostenido como psicólogo crítico (Dreier, 2016): empirismo inductivo inapropiado e interpretación arbitraria de los experimentos, falta de significación práctica emancipatoria y relevancia técnica sólo para los poderosos, representación ideológica burguesa de un individuo abstraído de los contextos histórico-sociales y creencia en la concreción de su individualidad abstracta, lógica instrumentalista de la relevancia, insignificancia de los descubrimientos y estagnación del conocimiento, subordinación de los objetos a los métodos, fragmentación teórica y auto-verificación circular de presuposiciones conceptuales inverificables empíricamente (Teo, 1998, 2000).

Varios vicios de la psicología existente acabaron siendo sintetizados y entendidos a través de lo que Holzkamp (1996) denominó “diseño estándar”, presentándolo como “el marco metodológico de toda la psicología”, ilustrándolo con las ecuaciones prototípicas estímulos-respuestas o variables independientes-dependientes, y describiéndolo como una explicación de “lo psíquico por lo

psíquico” en la que los individuos, en lugar de ser vistos como “seres humanos actuando ‘en’ su mundo real”, se verían “encerrados en su mundo psíquico meramente privado” (pp. 235-255). La causa de la depresión es aquí un efecto psicológico del capitalismo y no el mismo capitalismo con sus miserias, injusticias y desigualdades. El capitalismo desaparece detrás de sus efectos psicológicos.

El diseño estándar se pone “en lugar del mundo” y así produce una psicología que “pierde el mundo real, cotidiano” (Holzkamp, 1996, pp. 244-245), y que sólo estudiaría los estímulos y otros “efectos” psíquicos del mundo en el sujeto: efectos que se interpondrían como un “muro” entre el sujeto y el mundo (p. 264). Se buscaría entonces lógicamente, en una perspectiva marxista como la de Holzkamp, derribar el muro y restituir el mundo a la psicología. Sin embargo, considerando que la psicología sin mundo ha sido toda la psicología existente y conocida, ¿cómo devolverle el mundo sin temor a convertirla en algo diferente de la psicología?

Así como Sève se había preguntado si el marxismo no implicaría el fin de la psicología, así también Holzkamp (1996) se preguntó si la restitución del mundo, un gesto profundamente marxista, no haría “perder” a la psicología “su carácter como disciplina específica” (p. 259). Su respuesta, como la de Sève, fue negativa. Su propuesta psicológica pretendía precisamente ofrecer una *psicología con mundo* al estudiar la manera en que “los sujetos son capaces de integrar las estructuras históricamente desarrolladas del mundo en sus experiencias y acciones” (p. 264). Redefiniendo el trabajo del psicólogo como una investigación de las “escenas” en las que los sujetos conducen su “vida cotidiana”, Holzkamp insistió en que el mundo está siempre presente como “estructura social” en estas escenas en las que se daría la “intersección” e “interdependencia” de “conductas de vida cotidiana” de los diferentes individuos (pp. 272-276).

Además de ser una psicología con mundo, la de Holzkamp (1996) es una psicología desde el punto de vista del sujeto, y es por eso que sólo considera el mundo como “localidades accesibles” por el sujeto, siempre vistas en su “perspectiva” y “limitadas por su horizonte” (p. 276). Esta consideración aparentemente subjetivista permite preservar la psicología al concentrarse en una “estructura de significación” concebida como “lado subjetivo” de la estructura social, como la sociedad en sus “aspectos relevantes” para el sujeto (p. 278). Lo estudiado no es, pues, el mundo en sí mismo, sino en sus significaciones para el sujeto. Sin embargo, para evitar una recaída en el idealismo del diseño estándar, las significaciones no son estudiadas como simples ideas, sino como ideas “objetivadas” o “corporizadas”, como “posibilidades para actuar” que son realizadas por el sujeto y que simultáneamente “reproducen” estructuras sociales (pp. 279-282). Es así como el modelo, aunque sea *desde el punto de vista del sujeto*, no cae en el subjetivismo ni en el idealismo.

La psicología de Holzkamp es también desde el punto del sujeto porque abandona el punto de vista exterior del investigador. En lugar de la explicación objetiva de la motivación o los estímulos y respuestas que el investigador atribuye al sujeto en tercera persona, lo que tenemos aquí es la “comunicación

intersubjetiva” con un sujeto que nos recuerda al de la psicología concreta politzeriana: un sujeto al que se le da la ocasión de hablar en primera persona sobre sus “razones” y las “significaciones” que atribuye al mundo (Holzkamp, 1996, pp. 284-299). El sujeto se vuelve “investigador” y “creador de su propia teoría” (p. 306). Se le devuelve la voz. Deja de ser visto como objeto y se le reconoce una dignidad de sujeto.

Una vez que el sujeto habla en lugar del psicólogo, no queda muy claro qué función puede justificar la existencia de su interlocutor. ¿Para qué una comunicación con el psicólogo cuando puede haber una expresión del sujeto por sí mismo y una comunicación con los demás sujetos en tanto que sujetos? Para justificar la existencia del psicólogo, Holzkamp (1996) se refiere a su “modo meta-subjetivo de comprensión” que le permitiría un análisis reflexivo del “modo intersubjetivo de relación” (p. 325; ver también Dreier, 2016, pp. 24-25). ¿Pero acaso la intersubjetividad no implica siempre cierta reflexividad que puede ser bastante más profunda y compleja que la psicológica?

¿Por qué el sujeto debería ser un psicólogo para acceder al movimiento reflexivo al que se refiere Holzkamp? ¿Y además a qué sujeto nos estamos refiriendo? Cuando Holzkamp (1996) lo menciona, suele tratarse de un individuo, y es por eso que cuando el sujeto habla en primera persona, es en primera persona del singular y no del plural, es “yo” y no nosotros, son “mis razones” y no las nuestras (pp. 285, 290).

La concepción psicológica holzkampiana, irremediablemente solipsista y egocéntrica, no sólo nos hace retroceder a un momento anterior al del ser humano relacional marxiano-marxista enfatizado por Sève, sino incluso más atrás de la subjetividad colectiva feuerbachiana. El sujeto deja de ser él para encerrarse en mí, pero no consigue ascender ni al nosotros ni a nuestra relación con ustedes. Ya sea por su condición de psicólogo o por su herencia individualista weberiana, Holzkamp sólo puede concebir al sujeto como un yo, como un individuo en relación con el mundo y con otros individuos. Recae así, al igual que otros marxistas (Bujarin, 1921), en el individualismo errático, ya criticado por el propio Marx (1844), de quien se representa la sociedad como una “abstracción frente al individuo” en lugar de concebir al individuo como un “ser social” (pp. 146-147). Al final volvemos a reducir la sociedad a lo interindividual, a la relación entre dos individuos, ambos embarcados en una “diada científica de investigación” que difícilmente podrá acceder a una reflexividad intersubjetiva social-relacional como la pensada en el marxismo, debiendo resignarse a una “diferenciación entre el investigador y el objeto de investigación” que nos hace regresar a lo que se busca evitar e imposibilita fatalmente cualquier tipo de auténtica intersubjetividad reflexiva (Holzkamp, 1996, p. 318). Éste es tan sólo un aspecto de la manera en que la propuesta holzkampiana “cayó en el campo gravitacional de un constructo peculiarmente burgués en el momento mismo en que intentaba desmantelarlo” (Parker, 2009, p. 74).

### **Entre el marxismo supuestamente psicológico y la psicología supuestamente marxista**

Así como Holzkamp debió desistir de la plena consideración de lo social-relacional para no perder lo psíquico ni abandonar el campo psicológico, así también otros psicólogos marxistas, cada uno a su modo, tuvieron que renunciar a capacidades analíticas fundamentales del marxismo para poder conservar la noción de psiquismo y permanecer dentro de la psicología. Meyerson debió limitar su análisis histórico, prohibiéndose historizar lo que más le interesaba, esto es, la exteriorización y la existencia misma del psiquismo. Rubinstein se vio precisado a desconocer lo exterior en lo interior y a restringir así el alcance de la perspectiva materialista. Vygotsky tuvo que renunciar a una dialéctica monista consecuente al mantener la existencia de un interior distinto del exterior.

Podemos decir, en suma, que las deficiencias de la psicología marxista hicieron perder el monismo en el enfoque histórico-cultural, el materialismo en la versión rubinsteiniana de la teoría de la actividad, el alcance de la historización en la psicología histórica y la reflexividad social-relacional en la psicología desde el punto de vista del sujeto. Para evitar deficiencias como éstas en su marxismo, otros psicólogos marxistas prefirieron hacer como si no abandonaran el campo psicológico, aun cuando evidentemente eran llevados más allá de la psicología por su marxismo. Wallon hizo como si hubiera una esfera específicamente psicológica en lo que no era sino una intersección entre las esferas biológica y sociológica. Por su parte, Pavlov y Bejterev hicieron como si la psicología fuera una fisiología, mientras que Politzer, Naville y Leontiev hicieron como si el objeto de la psicología pudiera ser un exterior sin interior, lo que les permitió evitar un idealismo como el de Rubinstein. De modo análogo, sorteando un dualismo como el de Vygotsky, los monistas Sève y Kornílov hicieron como si la antropología fuese una psicología.

Aunque simulada, la psicología no cabe en los paradigmas teóricos inaugurados sucesivamente por Pavlov y Bejterev, Kornílov, Leontiev, Politzer, Wallon y Sève. Estos paradigmas, como pudimos apreciarlo, fueron consonantes con el marxismo y quizás incluso fueron o pudieron ser marxistas, pero por eso mismo tuvieron que renunciar a la psicología y a su objeto de estudio. El objeto psíquico-psicológico dejó de ser tal y se volvió fisiológico en Pavlov y Bejterev, se disolvió con la disolución de la distinción entre lo fisiológico y lo psicológico en Kornílov, se dejó reducir a la actividad física exterior en Leontiev, se vació de su interioridad y se derramó en el drama de Politzer, apareció como específicamente biológico y sociológico en Wallon, y se dilató hasta volverse difusamente antropológico en Sève. Las teorías en las que se insertan estos objetos no podían ser marxistas y psicológicas al mismo tiempo, y al tener que optar por lo uno o por lo otro, decidieron optar por el marxismo.

Lo recién dicho no debería disminuir de ningún modo el valor que atribuimos a la reflexología de Bejterev, la reactología de Kornílov, la teoría de la actividad de Leontiev, la perspectiva concreta de Politzer, la dialéctica de Wallon y la teoría de la personalidad de Sève. ¿Qué nos importa que no hayan sido

psicologías? Sus creadores comprendieron que no podían ser psicológicas para ser todo lo demás que fueron, lo cual, al menos desde cierto punto de vista, fue algo mejor que la psicología. Esta brecha entre las aspiraciones marxistas y el estrecho horizonte psicológico sigue siendo válida hoy en día, incluso cuando se trata de la psicología crítica, tan decepcionante desde el punto de vista del marxismo (Parker, 2009).

En contraste con los psicólogos marxistas que optaron por el marxismo, estuvieron aquellos que se mantuvieron de algún modo aferrados a la psicología. Éstos fueron, según nuestro análisis, Vygotsky, Rubinstein, Meyerson y Holzkamp. Cada uno de ellos, por así decir, traicionó ideológicamente algún aspecto puntual del marxismo. Podemos resumir sus traiciones ideológicas respectivas en fórmulas esquemáticas y hablar de individualismo solipsista holzkampiano, interiorismo ahistórico meyersónico, subjetivismo idealista rubinsteiniiano e intelectualismo dualista vygotkiano.

En realidad, más que acusar de traición a Vygotsky, Rubinstein, Meyerson y Holzkamp, habría que celebrar su libertad, creatividad y habilidad al encontrar vías más o menos adecuadas para sortear las hondas contradicciones entre los aspectos marxistas y psicológicos de sus ideas. Esto les exigió un gran esfuerzo que fue lo que se tradujo, al menos en parte, en la profundidad, la complejidad, el refinamiento y la consistencia interna de sus construcciones teóricas. Tal vez no hayan abandonado la psicología, pero la llevaron tan lejos como sólo podía llegar al ser perseguida por el marxismo.

## Referencias

- Bejterev, V. (1905). *La psicología objetiva*. Buenos Aires: Paidós, 1953.
- Bejterev, V. (1917). *General Principles of Human Reflexology*. Londres: Jarrolds, 1933.
- Bejterev, V. (1921). *La réflexologie collective*. Neuchâtel: Dalachaux & Niestlé.
- Bleger, J. (1955). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- Blunden, A. (2010). *An interdisciplinary theory of activity*. Leiden: Brill.
- Bozhovich, L. I. (1976). *La personalidad y su función en la edad infantil*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Brushlinsky A (1997) The 'Pavlovian' session of the two academies. *European Psychologist* 2(2), 102-105.
- Bujarin, N. (1921). *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*. Madrid: Siglo XXI, 1974.
- Calvo Tuleski, S. (2002). *Vygotski: a construção de uma psicologia marxista*. Maringá: Edum.

- Cole, M. (2008). *Marxism and Educational Theory: Origins and Issues*. London: Routledge
- Dafermos, M. (2015). Activity theory, theory and practice. In Ian Parker (Ed), *Handbook of Critical Psychology* (pp. 261-270). London: Routledge.
- Dambuyant, M. (1971). Psiquismo e historia. En *Debates sobre psicología, filosofía y marxismo* (pp. 108-121). Buenos Aires: Amorrortu.
- Dreier, O. (2016). Conduct of Everyday Life. Implications for Critical psychology. In Schraube, E., & Højholt, C. (Eds.), *Psychology and the conduct of everyday life* (pp. 15-33). Londres: Routledge.
- Elkonin, D. B. (1980). *Psicología del juego*. Madrid: Visor.
- Engels, F. (1876). El papel del trabajo en el proceso de transformación del mono en hombre. En *Obras filosóficas* (pp. 412-422). México: FCE.
- Engeström, Y. (1987). *Learning by Expanding: An Activity-theoretical approach to developmental research*. Helsinki: Orienta-Konsultit.
- Galperin, P. Y. (1979). *Introducción a la psicología: Un enfoque dialéctico*. Madrid: Pablo del Río.
- González-Rey, F. (1993). Psicología social, teoría marxista y el aporte de Vygotsky. *Revista cubana de psicología*, 10(2), 164-169.
- Holzkamp, K. (1996). Psychology: Social Self-Understanding on the Reasons for Action in the Conduct of everyday Life. En E. Schraube y U. Osterkamp (Ed), *Psychology from the Standpoint of the Subject. Selected Writings of Klaus Holzkamp* (pp. 233-341). Nueva York: Palgrave.
- Kornilov, K. N. (1930). Psychology in the light of dialectic materialism. In Murchison, Carl (Ed), (1930). *Psychologies of 1930* (pp. 243-278). Worcester, MA, US: Clark University Press.
- Korsch, K. (1923). *Marxismo y filosofía*. México: Era, 1977.
- Kozulin, A. (1984). The concept of activity in Soviet psychology: Vygotsky versus his disciples. *Revista de Historia de la Psicología* 5(1-2), 205-209.
- Lenin, V. (1908). *Materialismo y empiriocriticismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975.
- Leontiev, A. N. (1947). An outline of the evolution of the psyche. In *Problems of the Development of the Mind* (pp. 156-326). Moscow: Progress, 1981.
- Leontiev, A. N. (1964). *El desarrollo del psiquismo*. Madrid: Akal, 1983.
- Leontiev, A. N. (1978). *Actividad, conciencia y personalidad*. México: Cartago, 1984.
- Lomov, B. (1989). Psicología soviética: Su historia y su situación actual. *Política y Sociedad* 2, 99-115.
- Lukács, G. (1923a). *Historia y conciencia de clase*. Madrid: Sarpe, 1985.

- Luxemburgo, R. (1904). Problemas de organización de la socialdemocracia rusa. En *Obras escogidas* (pp. 34-44). Madrid: Ayuso, 1978.
- Luxemburgo, R. (1905). Huelga de masas, partido y sindicatos. En *Obras escogidas* (pp. 45-80). Madrid: Ayuso, 1978.
- Marx, K. (1844). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1997.
- Marx, K. (1845). Tesis sobre Feuerbach. En *Textos escogidos* (pp. 7-10). Moscú: Progreso.
- Merani, A. L. (1968). *La dialéctica en psicología*. México: Grijalbo.
- Merani, A. L. (1976). *Crítica de los fundamentos de la psicología*. Barcelona: Grijalbo.
- Meyerson, I. (1948). *Les fonctions psychologiques et les œuvres*. Paris: Vrin.
- Naville, P. (1930). Psychologie moderne et matérialisme dialectique. En *Psychologie, marxisme, matérialisme* (pp. 105-129). París: Rivière, 1948.
- Naville, P. (1945). Itinéraire de Georges Politzer. En *Psychologie, marxisme, matérialisme* (pp. 286-311). París: Rivière, 1948.
- Naville, P. (1948a). *Psychologie, marxisme, matérialisme*. París: Rivière.
- Naville, P. (1948b). Conscience dans la biologie contemporaine. En *Psychologie, marxisme, matérialisme* (pp. 225-257). París: Rivière.
- Newman, F. & Holzman, L. (1993). *Lev Vygotsky. Revolutionary Scientist*. New York: Routledge.
- Ortiz Torres, E. (1995). ¿Existe una psicología marxista? *Ciencias sociales* 67, 27-31.
- Pannekoek, A. (1938). *Lenin filósofo*. Buenos Aires: Pasado y Presente, 1973.
- Parker, I. (2009). Critical Psychology and Revolutionary Marxism. *Theory & Psychology* 19(1), 71-92.
- Pavlov, I. (1930). A brief outline of the higher nervous activity. En W. Horsley Gantt (Ed), *Ivan Petrovitch Pavlov, Lectures on Conditioned Reflexes. Volume II* (pp. 60-70). Londres: Lawrence & Wishart, 1941.
- Pavlov, I. (1936). Concerning the possibility of fusion of the subjective with the objective. En W. Horsley Gantt (Ed), *Ivan Petrovitch Pavlov, Lectures on Conditioned Reflexes. Volume II. Conditioned Reflexes and Psychiatry* (pp. 71-72). Londres : Lawrence & Wishart, 1941.
- Pavón-Cuéllar, D. (2017). *Marxism and Psychoanalysis: In or Against Psychology*. Londres: Routledge.
- Pavón-Cuéllar, D. (2019). *Psicología crítica. Definición, antecedentes, historia y actualidad*. Ciudad de México: Itaca

- Pizarroso López, N. (2008). La vertiente marxista de la psicología histórica: las intervenciones de Meyerson ante el Partido Comunista francés (1950-1956). *Revista de Historia de la Psicología* 29, 3/4, 185-193.
- Plejánov, G. V. (1895). Ensayo sobre la concepción monista de la historia. En *Obras Escogidas*, tomo I (pp. 9-276). Buenos Aires: Quetzal, 1964.
- Politzer, G. (1928). *Critique des fondements de la psychologie*. París: PUF, 1974.
- Politzer, G. (1929). Psychologie mythologique et psychologie scientifique. En *Contre Bergson et quelques autres* (pp. 307-393). París: Flammarion, 2013.
- Politzer, G. (1947). *La crise de la psychologie contemporaine*. París: Éditions sociales.
- Ratner, C. (2011). *Macro cultural psychology: A political philosophy of mind*. New York: Oxford University Press.
- Rubinstein, S. L. (1940). *Principios de psicología general*. México: Grijalbo, 1982.
- Rubinstein, S. L. (1945). Caminos y conquistas de la psicología soviética. En *Problemas de psicología general* (pp. 150-173). México: Grijalbo, 1983.
- Rubinstein, S.L. (1959) *El desarrollo de la psicología. Principios y métodos*. La Habana: Consejo Nacional de Universidades, 1964.
- Sève, L. (1969). *Marxisme et théorie de la personnalité*. París: Éditions Sociales, 1989.
- Smirnov, A. (1961). The development of Soviet psychology. In R. Winn (Ed.), *Soviet Psychology: A Symposium* (pp. 10-29). New York: Philosophical Library.
- Teo, T. (1998). Klaus Holzkamp and the rise and decline of German Critical Psychology. *History of Psychology* 1(3), 235-253
- Teo, T. (2000). Klaus Holzkamp. En A. E. Kazdin (Ed.), *Encyclopedia of Psychology. Volume 4* (pp. 141-142). New York: Oxford University Press.
- Thao, T. D. (1951). *Phenomenology and Dialectical Materialism*. Dordrecht: Reidel.
- Todes, D. P. (2014). *Ivan Pavlov: a Russian life in science*. New York: Oxford University Press.
- Trotsky, L. (1925). El materialismo dialéctico y la ciencia. En *Escritos filosóficos* (pp. 127-146). Buenos Aires: CEIP León Trotsky, 2004.
- Trotsky, L. (1926). Cultura y socialismo. En *Escritos filosóficos* (pp. 147-156). Buenos Aires: CEIP León Trotsky, 2004.
- Vernant, J.-P. (1950). Psychologie historique et expérience sociale. En *Entre mythe et politique* (pp. 163-182). París: Seuil, 1996.
- Vernant, J.-P. (1987). Lire Meyerson. En *Entre mythe et politique* (pp. 139-162). París: Seuil, 1996.

- Vygotsky, L. S. (1925). Consciousness as a problem in the psychology of behaviour. *Soviet Psychology* 17 (4), 1979, 3-35.
- Vygotsky, L. S. (1927). The Historical Meaning of The Crisis in Psychology: A Methodological Investigation. En R. W. Rieber (Ed), *The Essential Vygotsky* (pp. 227-343). Nueva York: Kluwer Academic, 2004.
- Vygotsky, L. S. (1929). The problem of the cultural development of the child. *Journal of Genetic Psychology* 36, 415-32.
- Vygotsky, L. S. (1934). *Pensamiento y lenguaje*. Madrid: Paidós, 1995.
- Vygotsky, L. S., y A. R. Luria. (1930). *Studies on the History of Behavior: Ape, Primitive, and Child*. Hillsdale, NJ: Erlbaum, 1993.
- Wallon, H. (1940). *L'évolution psychologique de l'enfant*. París: Armand Colin, 1968.
- Wallon, H. (1946) Matérialisme dialectique et psychologie. In E. Jalley and L. Maury (Ed), *Henry Wallon, Psychologie et dialectique, la spirale et le miroir* (pp. 128-139). París: Messidor, 1990.
- Wallon, H. (1951a). Psychologie et matérialisme dialectique. *Enfance* 16(1-2), 1963, 31-34.
- Wallon, H. (1951b). Post-scriptum en réponse à M. Piaget. *Cahiers Internationaux de Sociologie* 10, 175-177.
- Yaroshevsky, M. G. (1979). *La psicología del siglo XX*. México: Grijalbo.
- Zaporozhets, A. V. (1965). The development of perception in the preschool child. *Monographs of the Society for Research in Child Development* 30(2), 82-101.
- Zazzo, R. (1959). Psychologie et matérialisme dialectique. In *Psychologie et marxisme. La vie et l'œuvre d'Henri Wallon* (pp. 125-136). París: Denoël/Gonthier, 1975.
- Zeigarnik, B. (1938). On finished and unfinished tasks. In W. D. Ellis (Ed.), *A source book of Gestalt psychology* (pp. 300-314). Oxon: Routledge, 2001.
- Zinchenko, P. I. (1983). The problem of involuntary memory. *Journal of Russian and East European Psychology* 22(2), 55-111.
- Zumalabe Makirriain, J. M. (2006). El materialismo dialéctico, fundamento de la psicología soviética. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 6(1), 21-50.

---

Fecha de recepción: 10 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación: 10 de julio de 2024